

La rosa de la tumba de Homero

Todas las leyendas orientales hablan del amor del ruiseñor por la rosa: en las tranquilas noches estrelladas, la serenata del cantor alado vuela hacia la flor fragante.

No lejos de Esmirna, junto a un camino bordeado de altos plátanos, vi un rosal en flor. Junto a él pasan, erguidos con orgullo sus largos cuellos y pisando torpemente la tierra sagrada con sus delgadas patas, los camellos cargados. En las ramas de los plátanos anidan palomas salvajes, y sus alas brillan al sol con reflejos nacarados.

En este rosal había una rosa especialmente hermosa; hacia ella volaba el canto del ruiseñor; él cantaba los sufrimientos del amor, pero la rosa guardaba silencio; ni una sola gota de rocío brillaba en sus pétalos como lágrima de compasión; se inclinaba junto con las ramas hacia una gran piedra que yacía bajo el arbusto.

—¡Aquí reposa el más grande de los cantores terrenales! —decía la rosa—. ¡Solo sobre su tumba exhalaré mi fragancia, sobre ella dejaré caer mis pétalos arrancados por el viento! Las cenizas del creador de la «Ilíada» se han mezclado con la tierra, y de esta tierra he brotado yo. ¡Yo, la rosa de la tumba de Homero, soy demasiado sagrada para florecer para algún pobre ruiseñor!

Y el ruiseñor cantó, cantó, hasta que murió.

Pasó una caravana; tras el jefe de la caravana iban los camellos cargados y los esclavos negros. Su pequeño hijo encontró al ave muerta, y al diminuto cantor lo enterraron en la tumba del gran Homero, sobre la cual se mecía la rosa impulsada por el soplo del viento.

Llegó la noche; la rosa cerró más apretadamente sus pétalos y se durmió. Y soñó con un maravilloso día soleado; una multitud de extranjeros francos llegó a rendir homenaje a la tumba de Homero; entre ellos había un cantor de la tierra de las nieblas y la aurora boreal. Arrancó la rosa, la colocó dentro de un libro y se la llevó consigo a otra parte del mundo, a su lejana patria. Y la rosa se marchitó de añoranza, mientras el cantor, al regresar a casa, abrió el libro y dijo:

—¡Esta es la rosa de la tumba de Homero!

Esto es lo que soñó la rosa; al despertar, toda ella tembló ante un fuerte soplo de viento. Una gota de rocío cayó desde sus pétalos sobre la tumba del cantor, pero

entonces salió el sol, y la rosa floreció más espléndida que antes, —pues aún se encontraba en su cálida Asia.

Se oyeron pasos, aparecieron los extranjeros francos que la rosa había visto en sueños, y entre ellos había un poeta, nativo del norte. Arrancó la rosa, imprimió en sus frescos labios un beso y se la llevó a la tierra de las nieblas y la aurora boreal. Como una momia reposa ahora en su «Ilíada» y, como entre sueños, oye cómo él, al abrir el libro, dice:

—He aquí la rosa de la tumba de Homero.